

ACHESON, OPPENHEIMER Y LOS INTELLECTUALES

Las manos manchadas de sangre

Presidente la misión de declarar una guerra o firmar una paz. La guerra del Vietnam, en los Estados Unidos, tiene una dinámica propia. Desde hace años, los Presidentes de los Estados Unidos corren detrás de las circunstancias de su propio país como un jinete corre tras un caballo desbocado. Kennedy fue el que más tiempo consiguió sostenerse sobre esta cabalgadura de rodeo, arisca y frenética, y su tesón le arrojó al suelo y le partió la nuca. Nixon parece bastante más cauto. Ejerce el poder con la misma táctica que la campaña electoral: tratar de convencer, tratar de ganar adeptos. No basta. Desde el poder hay que realizar actos. La cuestión está en saber si puede o no puede, si hay alguna diferencia entre Nixon y Johnson, si la hubiera habido con Humphrey en el caso de que hubiese sido elegido; si realmente hoy un Presidente es un Presidente en los Estados Unidos, si puede serlo, si le dejan serlo. Si la dinámica de los acontecimientos le supera, si los grupos de presión —los gubernamentales y los de la oposición— se han hecho tan fuertes, tan poderosos, que no hay quien los contenga. La frase con que Nixon respondió a la pregunta de si se sentiría afectado por la manifestación nacional contra la guerra del día 15 fue ésta: «... bajo ninguna circunstancia me dejaré influir ni seré afectado por ella de ninguna forma». Frase irreal, frase sin conexión con las circunstancias. Como no tiene conexión con la realidad su decisión de no ser el primer Presidente que pierda una guerra. Las guerras siempre se pierden contra la voluntad de quien las preside. Hay políticos que están preparando ya planes para cuando la guerra se pierda. No para cuando se termine, sino exactamente para cuando se pierda. El senador George McGovern, por ejemplo, ha pedido ya que se voten créditos para acoger a los exiliados del Vietnam del Sur y ofrecerles asilo en el momento en que se encuentren desamparados por la retirada americana. En Salgón se han hecho ya cálculos acerca de cuántos ciudadanos huirían a los Estados Unidos: aproximadamente unos tres millones, de una población total de quince. Estas predicciones están en correlación pesimista con lo que Nixon llama en forma optimista la «vietnamización» de la guerra. Es decir, la operación mítica por la cual Salgón sería capaz de hacerse cargo de la guerra con sus propios soldados, sin participación americana. La Casa Blanca cree que esto puede suceder hacia 1971, los dirigentes de Salgón estiman que no podrá realizarse antes de 1972, y eso contando con la ayuda de la aviación y de la artillería de los Estados Unidos. Pero los cálculos más realistas estiman que no hay vietnamización posible, que el día que se retiren los americanos no quedará más recurso que la derrota y el exilio, que seguirían los tres millones de personas que se han comprometido más o menos con el Gobierno sostenido por Washington. «La guerra termina apretando un botón», dicen las octavillas de quienes han preparado la manifestación del miércoles. Apretando el botón de una puerta: explicando cada uno a su vecino que la guerra es injusta, que la guerra no tiene razón de ser, que está minando la salud moral y económica del país, y que ha acabado ya con su prestigio en el extranjero. «No escucharé nada», sigue diciendo Nixon, apretándose los ojos y los oídos, pero no la boca. «No escucharé nada», dice, y destituye al jefe del reclutamiento, y anuncia nuevas retiradas de tropas, y se lleva los soldados lejos del frente para que las listas de bajas que se publican cada semana en los periódicos sean cada vez más reducidas. Pero le dicen que esto no es gobernar, que esto es aparentar que se gobierna. Para muchos, como para Henry Hubbard —corresponsal político de «Newsweek» en Washington— «los acontecimientos de los pasados nueve meses demuestran con amarga realidad que el Presidente Nixon no ha cumplido aún sus propias prescripciones para ejercer un cargo que tanto le costó ganar. Todo se está desintegrando, les parece aquí a muchas personas, precisamente por falta del cemento de imperativos morales, porque el Presidente ha permanecido inmóvil, ignorando la división, discursando sobre la desunión. En resumen, ha fracasado en utilizar la Presidencia». Todos los errores que Hubbard atribuye a Nixon están entresacados —citados— de un discurso de Nixon acusando a Johnson, explicando cómo no ha de ser un Presidente. Pero he aquí que un Presidente resulta inevitablemente similar a otro Presidente, que un Nixon es igual que un Johnson. Y algo más terrible aún: que Nixon sigue siendo Nixon. Que el Nixon triunfador no es distinto de lo que fue en otros tiempos el Nixon fracasado, apartado del poder, derrotado incluso para el Senado.



ACHESON:
"TUVE MUCHO QUE
HACER CON LOS SABIOS".

Dean Acheson fue el secretario de Estado del Presidente Truman. Formaron un «tándem» inolvidable. Presidieron, elaboraron, definieron y ejecutaron la guerra fría. Dean Acheson acaba de publicar un libro con el título de «Presente en la creación: mis años en el Departamento de Estado». Al señalar su «presencia», Acheson atribuye a Truman —el capitán del corazón poderoso—, como llama con énfasis literario medieval al diminuto camisero que ascendió a la Presidencia por la muerte de Roosevelt— la verdadera «creación». Es una gran modestia por su parte. Acheson decidió la intervención en Turquía y Grecia, lo que se llamó «doctrina Truman», con lo que se inauguraba una política de intervencionismo que está agonizando ahora en el Vietnam; fue el creador del plan de ayuda que se llevó el nombre de Marshall, y el hombre que decidió el puente aéreo para ayudar al Berlín occidental bloqueado, fue quien decidió la guerra de Corea y decidió el perfeccionamiento de la bomba atómica. Todo ello lo relata en su libro. Hay temas menores a los que no se acerca, anécdotas pequeñas y definitorias. Las está contando en entrevistas que concede a la prensa, al actualizarse su figura olvidada con motivo de la publicación del libro. La conversación que ha tenido con Israel Shenker, del «Herald Tribune», contiene un admirable trozo antológico, de gran valor histórico y actual. Relata algo de lo que pasó con Oppenheimer, el sabio atómico que se arrepintió.

«Inmediatamente después de la guerra —dice Acheson— tuve mucho que hacer con los sabios nucleares. Había personas, como Robert Oppenheimer, a las que admiraba mucho. Oppie es una de las personas más ingenuas que he encontrado. Una vez acompañé a Oppie al despacho de Truman. Oppie se retorció las manos y decía: "Tengo sangre en mis manos". "No me traigas aquí nunca más a este condenado loco", me dijo Truman después. "No fue él quien lanzó esas bombas, fui yo. Estos llorones me ponen enfermo". A mí también me puso algo enfermo. Otra cosa que me pone enfermo es que los científicos, por el hecho de fabricar una bomba, crean que saben todo lo que hay que saber de política exterior y pueden traer la paz al mundo. El intelectual canalizado estrictamente para ejercer una disciplina quiere meterse en todas. Por eso me pone malo el doctor Spock. Bill Coffin (William Sloane Coffin, capellán de Yale) cree que por ser un pastor protestante lo sabe todo de los asuntos internacionales. No sabe nada. Cuando yo estaba en Yale quería ofrecerle un "cocktail" de cicuta para hacerle descansar de todas sus responsabilidades...». Esta idea de cicuta para Coffin no deja de recordar una frase famosa: «Cuando oigo pronunciar la palabra intelectual, me llevo la mano a la pistola». La pronunció el mariscal Goering. Los Estados Unidos de Truman-Acheson organizaron el Tribunal de Crímenes de Guerra que juzgó, condenó y ejecutó al mariscal Goering.



OPPENHEIMER:
"TENGO SANGRE EN
MIS MANOS".